



El general Jorge Videla (a la izquierda), en la toma de posesión de su cargo de jefe de Estado Mayor de Argentina. Sustituye en el puesto al general Alberto Numa Laplane (a la derecha).

rina y la Aviación se han mantenido al margen, pero haciendo saber que consideraban justa la posición del Ejército de Tierra—, el general Numa Laplane ha sido destituido, y se ha nombrado en su lugar al general Jorge Videla. Parece decidida también la destitución del coronel Damasco y su sustitución por un civil, pero no está definitivamente confirmada a la hora de escribir estas líneas.

Jorge Videla ha hecho saber explícitamente que la presión militar en este caso no pretende de ninguna manera el desmantelamiento de las instituciones políticas del régimen, ni pretende tampoco la evicción de la Presidente Isabel Perón, la cual a su vez ha hecho las declaraciones que repite insistentemente desde hace varios meses, según las cuales no está dispuesta en ninguna manera a abandonar su cargo. La reivindicación militar se refería exclusivamente a aquello que le parece de su competencia y que preserva su personalidad. Sin embargo, no se puede evitar el sentimiento profundo de que Isabel Martínez de Perón

se ha creado —o ha aumentado— una enemistad profunda y poderosa. No puede ni debe excluirse la posibilidad de que si continúa la deterioración del régimen —y parece cada vez más difícil de contener—, el Ejército decida tomar el poder para poner orden y anunciando que lo reintegrará a los políticos civiles una vez que la situación se clarifique mediante elecciones generales.

Probablemente ante esa posible situación extrema, la población argentina en general que antes rechazaba el gobierno militar —cuando éste ejercía el poder— lo acogería como un respiro y como la posibilidad de que termine lo que en realidad no es más que una situación de anarquía y un fascismo más o menos disfrazado, que no ha perdido sus características con la marcha de López Rega. Sin embargo, de momento, los sindicatos han mostrado inmediatamente un apoyo a Isabel Perón —a la que desafiaban abiertamente hace un mes— para demostrar su oposición a la posible intervención militar. ■

Las aguas revueltas del océano Indico

● La actualidad estratégica internacional parece encaprichada con el océano Indico. En lo que va de año, los cambios de situación política en la región han alcanzado el vértigo: golpe en Maldivas, radicalización del régimen progresista malgache, cesión de Masirah a USA,

independencia de Mozambique, maniobras en torno a Seychelles y Chagos, superposición de acontecimientos en Comores, golpe en Bangla Desh...

La firme intención de retirada de la presencia militar británica «al Este de Suez», los problemas del

La Capilla siXtina

ULISES VUELVE A CASA

En Atenas me enteré de la entrevista Franco-Arias Navarro. En Olimpia, del encuentro inesperado entre Franco y Juan Carlos. En Rodas, de la ley antiterrorismo. En el aeropuerto de Zurich, ya de regreso, de la condena de Huertas Clavería. El decreto antiterrorismo me esperaba línea por línea en la prensa del aeropuerto de Madrid. Dejo las maletas en mi habitación, me tumbo en el sofá, conecto la radio: el secuestro de "Doblón", "Cambio 16", "Posible", "Destino". Con los ojos cerrados recuerdo las reverberaciones del verano griego: la Acrópolis blanca salpicada de traseros bellos, feos o estúpidos del hormigero turístico reptante, la laberíntica ascensión por las huellas de Micenas hacia la nada de un cielo de tan limpio implacable, la tumba de Agamenón, el más renombrado cabrón de este mundo; Delfos, como una cuña de belleza de tiralíneas impuesta a la bravura de la montaña; la calma balnearia de Epidaurós, un lugar para quedarte y esperar la muerte lo más tarde posible; Olimpia, lo que debió ser definitivo cementerio del "Contamos contigo". Y entre las sombras blancas del calor siempre se me aparece Encarna con La Guide Bleu o con «Le Monde» o con «L'Unita» o con unos conocimientos históricos insospechados que la hicieron disertar en Micenas sobre las similitudes entre el sistema mikenico y el modo de producción asiático. Tan implacable como el sol y el "fatum" turístico, Encarna colocaba entre Grecia y yo el patetismo de la historia alejada: Vasco Gonçalves, Orestes, Arias Navarro, Roger de Flor, Alva-

ro Cunhal, Garmendia, Pericles, Huertas Clavería, Teseo, Saravia de Carvalho, Cliternestra. Además la chica seguía día a día el proceso contra Papadopoulos, Patacos y el resto de los "coroneles griegos" que no eran coroneles.

—Podía haber sido una tragedia y se ha convertido en una farsa.

—Déjalo en una comedia de costumbres.

Implacable Encarna. Ni las piedras de las ruinas merecían descanso histórico. Con sus ojos redondos y claros las volvía a poner en su sitio, incluso añadía las muchas que faltaban a las estatuas que se habían llevado ingleses, alemanes o norteamericanos. Con la ayuda de la Guide Bleu, de Farrington, de Gordon Childe, desenterraba a los muertos y les devolvía su condición de animales políticos condenados a morir o a que los mataran. En Zurich me tiende un Le Monde, y en su rostro veo una seria tribulación.

—Mire. Papandreu ha hablado en Rodas. Nosotros en Rodas y sin enterarnos. Nos hemos perdido un mitin de Papandreu.

Yo, que había reducido a lo mínimo los contactos con Menelao para evitarme un mes político, he quedado sepultado por las ruinas políticas de la antigua Grecia y por las ruinas de esa misteriosa confederación de pueblos históricamente insuficientes que nos rodea por doquier, patéticas apariencias de arquitectura histórica racional.

¿Volví a casa Ulises tan preconcebidamente cansado como yo? ■

SIXTO CAMARA